

3. El suelo, el clima, la raza, la lengua, el carácter, el espíritu, las costumbres, las creencias, las leyes, los intereses, los recuerdos, los peligros, las esperanzas; he ahí los poderosos lazos que unen entre sí á los hombres de una misma patria.

4. Para amar bien á su país es preciso conocerlo: la geografía y la historia son escuelas de patriotismo.

5. No basta amar á su patria; es necesario hacerla amable.

6. El patrimonio es un deber y debe ser una pasión.

7. El patriotismo falso consiste en palabras; el verdadero, sobre todo en acciones.

8. Para juzgar del patriotismo, miremos la conducta. Es patriota cualquiera que honre á su país con su carácter, con su mérito, y cuando llegue la hora del peligro, con su valor.

DIÁLOGO 21º

La Patria. — Sus grandezas. — Sus desgracias.

SUMARIO. — *La Francia. — Su forma. — Su situación. — Sus aguas. — Su suelo. — Sus productos. — Su clima. — Su belleza. — Su historia. — Su antigüedad. — Sus reyes, sus ministros, sus héroes, sus grandes capitanes. — Su potencia colonial. — Servicios que ella ha prestado á los otros pueblos, á la humanidad, á la civilización. — Sus escritores, sus artistas, su hospitalidad, sus desgracias, su levantamiento. — Deberes presentes.*

— Mis queridos niños, tenéis por patria uno de los más bellos países que hay en el mundo; tal vez el más bello. Mirad esa carta, que está allí desplegada ante vuestros ojos; abarcad la Francia de un golpe de vista: ¿no os hace el efecto de un cuerpo vigoroso, bien constituido, bien proporcionado? Comparadla á otros países, á la Italia por ejemplo, que toda es larga; á la Prusia, á la Austria, que tiene algo de macizo é informe, y ved de qué lado está la ventaja. Los pies sobre los Pirineos, apoyada sobre los Alpes, el Jura, los Vosges, su vista se extiende sobre tres mares: el Mediterráneo, que le abre el Africa y el Asia; la Mancha que le muestra la Inglaterra y le da alcances á los países Escandinavos; el Atlántico, que la lleva á las dos Américas.

Ningún país está colocado mejor para entrar en relaciones con el resto del mundo. ¿No está también admirablemente regado?

—Sí, señor; por grandes ríos.

—E innumerables arroyos. ¿Estos ríos corren en el mismo sentido?

—No, señor; el Ródano desciende hacia el Mediterráneo, el Garona y el Loire, van á arrojarse en el Atlántico, y el Sena en la Mancha.

—¿Estos ríos están próximos los unos de los otros?

—No, señor; se diría que han sido colocados de tal manera, que dividan la Francia en cuatro regiones casi iguales, y regadas igualmente por todas partes.

—Y este suelo tan bien regado ¿no es fértil?

—Sí, señor; produce trigo, avena, cebada, centeno, maíz.

—Todos los cereales, todas las legumbres, y casi todos los frutos; ¿es esto todo?

—Da también vinos.

—Vinos excelentes, vinos de toda especie, que forman parte de su riqueza. Esta increíble variedad de productos ¿no depende más que de la fertilidad del suelo?

—Depende también del clima.

—¿Es ardiente ó riguroso?

—No, señor; es templado.

—Y tan agradable y sano para los habitantes como para su cultura.

Y este país tan bien hecho, tan bien colocado, tan bien regado, de un suelo tan fértil, de una cultura tan variada y de un clima tan dulce, ¿es de aspecto agradable?

—Sí, señor; es bello.

—Se encuentran ahí todos los géneros de belleza, desde las más imponentes hasta las más graciosas: altas montañas, anchos valles, frescos vallecitos, vastas llanuras, colinas risueñas, sitios agríetes y pintorescos pastos, ricas selvas; todo lo que puede encantar, alegrar, arrebatarse los ojos, la naturaleza le ha prodigado á nuestra querida Francia. No es solamente la belleza de nuestra patria, la que nos debe hacer amarla; son sus grandezas y también sus desgracias.

En primer lugar ¿hay un pueblo en Europa, cuya historia sea más gloriosa, y abraza una sucesión más larga de siglos? Sin hablar de los Galos nuestros antecesores, que su aventurera intrepidez ha arrastrado al través de la Europa, y hasta el Asia, si tomamos por punto de partida la constitución del reino francés, ¿cuántos siglos comprende nuestra historia?

—Catorce siglos, desde Clodoveo hasta nuestros días.

—Y en este largo espacio de tiempo, ¿cuántas conquistas gloriosas, cuántas victorias, cuántos grandes hechos, cuántos hombres ilustres!

Acordémonos, repasando algunos nombres gloriosos; citadlos vosotros mismos ¿Entre los reyes ó emperadores?

—Carlo Magno, San Luis, Enrique IV, Luis XIV.

—¿Entre sus ministros?

- Sully, Colbert, Louvois, Turgot.
 —Entre los héroes y heroínas?
 —Vercingetorix, Duguesclin, Juana de Arco, Juana Hachette, Bayardo, la Tour de Auvergne....
 —¿Entre los grandes capitanes?
 —Conde, Turenne, Hoche, Marceau, Napoleón.
 —Y otros. ¿A qué objeto tendían todos nuestros reyes, nuestros hombres de Estado y de guerra?
 —A elevar su país.
 —Primero á constituirlo, á defenderlo contra los invasores; luego á extenderlo hasta sus límites naturales; después á acrecentar su potencia, sus recursos, su prestigio, su acción, en fin, su grandeza. ¿Toda la Francia está contenida entre los Alpes, los Pirineos, la Mancha y el Atlántico?
 —No, señor; está también en sus colonias.
 —Ciudadlas.
 —La Argelia, el Senegal, la Costa de Oro, el Congo, las Islas de la Reunión, de Mayotte y de Nossi-Bé.
 —Y el protectorado de Túnez y de Madagascar; eso es en Africa, y ¿en Asia?
 —La Cochinchina, el Tonkin; cinco ciudades de la India.
 —Y el protectorado de Annam, y del Cambodge; eso en Asia, ¿y en América?
 —La Guayana, Guadalupe y la Martinica, San Pedro y Miquelon.
 —¿Y en Oceanía?

- La Nueva Caledonia, Taití.
 —¿No hemos poseído otras colonias?
 —Sí, señor; el Canadá.
 —Que nos queda aún ligado al corazón y donde se habla la lengua francesa.
 —¿Y la India?.....
 —Los Ingleses nos la han tomado. Tal cual es, nuestro imperio colonial es vasto aún, y se extiende cada día. Hay pocos países en el mundo, en donde no haya aparecido la bandera francesa, y donde no hayan penetrado nuestros atrevidos exploradores. ¿Pero no hemos hecho jamás la guerra, más que por nosotros mismos y por nuestro propio interés?
 —No, señor; en la Edad Media, la Francia ha hecho las Cruzadas.....
 —Por interés de la Religión, por la libertad de los Santos Lugares. ¿Y al fin del Siglo XVIII?
 —Hemos ayudado á los Estados Unidos de América á conquistar su independencia.
 —¿Y en 1827?
 —Hemos ayudado á los Griegos á sacudir el yugo de los Turcos.
 Algunos años más tarde, en 1832, por la toma de Amberes, hemos contribuido á libertar la Bélgica. No es esto todo; en 1859 ¿no hemos combatido por un noble vecino?
 —Sí, señor; en Palestro, en Magenta, en Solferino, por la Italia.
 —Por tanto, la Francia no es una nación egoísta; es sensible á las desgracias de los oprimidos, y

varias veces ha derramado su sangre para socorrerlas. ¿Pero ha sido útil á los otros pueblos nada más que por sus armas? ¿No ha servido de otra manera á la causa de la humanidad y de la civilización?

—Sí, señor; por sus ideas.

—Bien. Los principios de libertad, de igualdad, de fraternidad que ella ha hecho prevalecer en sus instituciones y sus leyes, se han extendido poco á poco, más ó menos, alrededor de ella, y han contribuido á mejorar la condición y bienestar de los pueblos. Sabéis que en 1848, sin sacar la espada, por la sola virtud del ejemplo, ha conducido á casi todos los soberanos absolutos á conceder á sus súbditos instituciones más liberales. Por grandes que sean, no son estos solamente sus títulos de gloria. Sin hablar de su comercio y de su industria, las letras, las ciencias y las artes, han proyectado más brillo.

¡Cuántos poetas! Veamos, citad algunos grandes nombres.

—La Fontaine, Corneille, Racine, Molière, Víctor Hugo, Lamartine.

—¡Cuántos oradores de cátedra ó de púlpito! Bossuet, Fénelon, Bourdaloue, Massillon. ¡Cuántos oradores políticos! ¿Los conocéis?

—Mirabeau, Barnave, Vergniaud, Gambetta.

—¡Cuántos historiadores desde Joinville á nuestros días! Citadlos.

—Voltaire, Thiers, Guizot, Augustin Thierry, Mignet, Michelet.

—Cuántos novelistas, cuántos filósofos, cuántos

sabios ilustres! Y nuestros grandes pintores, nuestros grandes escultores, nuestros grandes arquitectos, nuestros grandes músicos! Sería necesario horas enteras para hacer solamente su enumeración. Si añadiese que nuestra lengua francesa es aprendida, hablada, gustada en todos los países civilizados, os daría al menos una idea de la grandeza intelectual de nuestro país.

Aunque somos objeto de odio y de envidia para ciertos pueblos, ¿creéis que los extranjeros no vienen voluntariamente á Francia?

—Sí, señor; vienen en gran número.

—Sí, el encanto de nuestro país, la belleza de nuestras ciudades, de nuestra capital, el brillo de nuestra civilización, lo alegre de nuestro carácter, la dulzura de nuestras relaciones, los atraen y detienen.

Su presencia entre nosotros es un homenaje involuntario, pero también inapreciable. En estos últimos tiempos ¿la Francia no ha sufrido grandes reveses?

—Sí, señor; en 1870.

—¿No ha perdido dos de sus provincias más queridas?

—Sí señor: la Alsacia y Lorena.

—El recuerdo de esta guerra funesta, imprudentemente declarada, mal preparada, mal conducida, no debe borrarse de vuestras memorias. Por desgraciada que haya sido para nuestros ejércitos, no ha sido sin honor. ¿No hemos luchado largo tiempo contra un enemigo superior en fuerza?

—Sí, señor; París ha sostenido un largo sitio.

—Ha resistido hasta el día en que el hambre le hizo caer las armas de las manos. No es el valor el que ha faltado á nuestras viejas tropas, ni á los ejércitos improvisados; los combates dados bajo los muros de Metz, sobre los bordes del Loire y al norte, son testigos; y los nombres de Gravelotte, Coulmiers, San Quintín, Châteaudum son nombres gloriosos. ¿La Francia ha permanecido abatida por sus derrotas?

—No, señor; se ha levantado.

—Ella ha reorganizado y acrecentado su ejército, establecido el servicio obligatorio, extendido su imperio colonial, reparado sus finanzas, y probado por sus exposiciones, la de 1889 sobre todo, que sus desgracias no han podido ni abatirla, ni disminuir su actividad, ni retardar su marcha en la vía del progreso. Ella ha probado su fuerza, su vitalidad; ha vuelto á tomar confianza en sí misma, é inspirado confianza á un poderoso Imperio que se ha hecho su aliado. Ahora tranquila, fuerte y respetada, espera sin temor el momento que debe cumplir los deberes que le impone su honor, la justicia y la piedad.

Resumen de la lección.

—Mis queridos amigos, mirad la Francia que esta carta os representa. Apoyada sobre los Pirineos, con las espaldas en los Alpes, el Jura y los

Vosges; ve delante de sí extenderse tres mares: el Mediterráneo, el Atlántico y la Mancha; uno que pone á su alcance el Africa y el Asia, el otro que le abre camino á las dos Américas, el tercero que le une con sus vecinos del Norte. No hay país que esté mejor colocado para entrar en relaciones con el resto del mundo. No hay ninguno que esté mejor constituido. La Francia no es ni alargada como la Italia ó la Suecia, ni cortada como la Grecia, ni informe como la Prusia ó la Austria. Es un cuerpo vigoroso, bien edificado, bien proporcionado.

Cuatro grandes ríos alimentados por numerosas afluentes, corriendo en direcciones diferentes, lejanos los unos de los otros, la dividen en cuatro grandes regiones casi iguales entre sí, y fértiles.

Su suelo, de una fecundidad maravillosa, produce toda especie de granos, legumbres, frutos y vinos. Un clima templado la hace morada agradable y sana, los sitios son variados: altas montañas, anchos valles, costas risueñas, vastas llanuras, abundantes pastos, ricas selvas, todo aquí encanta los ojos. Pero no es solamente la belleza de nuestra patria, la que nos la debe hacer querida, sino su grandeza y también sus desgracias. Tenemos el derecho de decir que nuestros males no son más que una larga y brillante cadena de hechos de mil ejércitos gloriosos, que la bravura contemporánea enriquece con nuevos eslabones.

No hay tierra en el mundo en donde no se encuentren las huellas de nuestra mansión ó de nues-

tro paso: donde nuestra intrepidez, algunas veces venturosa, casi siempre caballeresca, no haya dejado indelebles impresiones é imperecederos recuerdos.

Las grandes épocas de nuestra historia no son sino irresistibles movimientos de nuestra bondad natural: ninguna nación acaso ha producido héroes más nobles y más puros; un deseo de nuestro corazón es el que nos ha arrastrado para libertar los Santos Lugares; no podemos permanecer sordos á la voz de los oprimidos que nos llaman, de los desgraciados que nos imploran; varios pueblos, los Estados Unidos, la Italia, la Grecia, nos han visto acudir para romper sus cadenas, y la ingratitude y la indiferencia no han podido sanar nuestro incurable y admirable ardor.

Nuestros enemigos mismos prestan á nuestro carácter un involuntario homenaje, porque su envidia y su odio no les impide venir á calentarse al dulce y vivificante calor de nuestra hospitalidad, y viajar además entre nosotros, y la Francia es el "para servir á vd." de todo el mundo.

Ninguna gloria nos falta, ni nos ha faltado; en ninguna parte del mundo entero, las letras, las ciencias, las artes, han brillado con un brillo más vivo y más duradero: ningún pueblo de la vieja Europa, puede presentar como este á la admiración del mundo, cuatro grandes siglos de obras maestras, como los nuestros: el diez y seis, diez y siete, diez y ocho y diez y nueve.

En nuestros últimos desastres no es el valor el que nos ha hecho falta: nosotros hemos luchado allí en donde otros hubiesen arrojado las armas; hemos esperado contra toda esperanza, y desde esos días funestos nuestra raza ha probado y prueba ahora, que aún la vieja sangre francesa hierve todavía en sus venas, y que la Francia no ha perdido nada de su genio y vitalidad.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. Para todos los corazones bien nacidos ¡cuán cara es la patria!—*Voltaire.*
 2. La patria nos da mil placeres habituales, que no conocemos bien sino después de haberlos perdido.—*Mme. de Stael.*
 3. El desterrado está solo por todas partes.—*Lamennais.*
 4. El que defiende á su patria defiende á sus padres, á sus amigos, sus bienes y á sí mismo.
 5. ¡Qué amaré el que no ama á su patria?
 6. ¡Ah! maravillosa tierra ¡ah! bello país de Francia Cuyo nombre dice; Franqueza; y su historia; Esperanza!—*Eugène Manuel.*
-

* LA OBEDIENCIA.

SUMARIO.—*Fundamentos de la obediencia á los padres, maestros y á los que hacen sus veces. — La obediencia á las autoridades y á las leyes. — Amor, respeto y gratitud debidos á los buenos padres y maestros.*

—Dime, Antonio, cuando tus padres te mandan hacer alguna cosa, ¿crees que lo hacen simplemente por mostrar autoridad ó con el propósito de molestarte?

—No, señor; yo creo que lo hacen por mi bien.

—En bien tuyo ó en provecho de toda la familia. Por supuesto que al dirigirme á tí lo he hecho porque conozco á tus padres y sé que no son ni unos necios presuntuosos ni unos locos para darte órdenes solo por el gusto de ostentar autoridad. Pero ¿en qué te fundas para juzgar que tus padres no te dan órdenes con el propósito exclusivo de molestarte?

—En que me quieren mucho.

—Muy bien; pero no podría suceder que sus órdenes, aunque bien intencionadas, no fueran buenas en sus resultados? ¿Tu no te engañas con frecuencia y no mandas algunas veces á tus hermanos menores, cosas que pueden ser inconvenientes ó peligrosas?

—Sí, pero mis padres tienen experiencia y saben lo que mejor me conviene.

—Eso es, tienen experiencia y te quieren mucho por consiguiente lo que te manden, no puede en

general, serte perjudicial. Pero de aquí debemos sacar alguna consecuencia. Veamos, quién es el que la saca.

—Que debemos hacer lo que nuestros padres nos mandan.

—Justamente. La obediencia es una de la primeras cualidades de un niño bien educado; tal vez la más necesaria de todas, porque á todas le puede servir de origen y fundamento. Ahora que empiezan vdes. á razonar y que van á aprender metódicamente la moral, saben ya, por ejemplo por qué es mala la mentira y por qué debè evitarse á toda costa; pero antes de saberlo la mayor parte de vdes., — quisiera creer que todos, — se abstendrían de mentir. ¿Por qué pues obraban de ese modo?

—Porque nuestros padres nos habían prohibido mentir y nos habían dicho que la mentira era mala.

—Y en otras ocasiones los padres de vdes. les han evitado á cada uno muchísimos riesgos y perjuicios, prohibiéndoles, por ejemplo, que manejaran fósforos.

—Porque nos podríamos quemar.

—Que se subieran á alguna azotea ó á alguna escalera.

—Porque nos podríamos caer.

—Que se acercaran á algún pozo ó estanque profundo.

—Porque nos podríamos ahogar.

—Que se reunieran con niños perversos ó de mala educación.

—Porque nos enseñarían á ser malos como ellos.

—Bien, y ¿sólo á sus padres tiene uno que obedecer?

—No, también á sus hermanos mayores.

—¿Por qué razón?

—Porque también nos quieren y tienen más experiencia que nosotros.

—Cuando la diferencia de edad no es muy notable, no hay que fiar mucho de esa experiencia. En general, debemos obedecer á los que tienen autoridad sobre nosotros, porque la hayan recibido de la naturaleza, como es el caso respecto de los padres ó los que hagan sus veces, como los parientes ó tutores que tienen á su cargo á los niños huérfanos, ó bien porque los mismos padres ó las personas que hagan sus veces, les hayan transmitido temporalmente su autoridad. ¿Conocen vdes. á algunos que estén en ese último caso.

—Sí, señor; los maestros.

—Eso es: los maestros, los ayos y en general las personas á quienes se encarga el cuidado y la educación de los niños. Y ¿por qué esas personas deben tener autoridad sobre los niños y ser obedecidos como los padres?

—Porque los padres les han pasado esa autoridad.

—Es decir que les han delegado temporalmente sus derechos. Pero hay aun otras razones.....

—Si no tuvieran autoridad no podrían cuidar, corregir y educar á los niños.

—Es verdad: y ¿no habrá además otra razón análoga á la que funda la obediencia que se debe á los padres?

—Sí, señor; la de que los maestros y encargados de los niños, tienen más experiencia que éstos.

—Y como saben más que ellos y generalmente les tienen cariño, pueden dirigirlos mejor. ¿Y no se debe también obediencia á otras personas extrañas?

—Sí, señor: al Presidente de la República.

—Al Presidente y á todas las autoridades establecidas y que dan órdenes ó leyes con arreglo á sus facultades y para bien general. A veces también se debe obediencia á las personas respetables que sin ser nuestros padres ni maestros, y en ausencia de éstos, nos ordenan algo para evitarnos algún peligro. Y decidme ¿sólo obediencia debemos á nuestros padres y maestros?

—No, señor; también les debemos respeto.

—Y cariño y gratitud, sobre todo á los padres, que aman tanto á sus hijos; que no sólo les dan la vida, el alimento, el vestido y la habitación, sino que los educan ó pagan su educación, los asisten cuando se enferman, se desvelan y se preocupan con su felicidad y son capaces por ellos de todos los sacrificios, hasta el de la propia existencia. Los buenos padres son la imagen de Dios sobre la tierra. ¡Desgraciado el hijo que no los ama, venera y obedece!

Resumen de la lección.

—Los mandatos de los padres se dirigen ordinariamente á procurar el bienestar de sus hijos. No pueden quererles causar un mal supuesto que los aman y en general es probable que acierten en sus propósitos en favor de los hijos, ya que tienen más experiencia que ellos.

—Ese es el primer fundamento de la obediencia que los hijos deben á sus padres. La obediencia es una de las primeras cualidades de un niño bien educado y acaso la más necesaria para adquirir las demás por medio de la educación.

—Los niños que no tienen aún juicio ni experiencia, necesitan confiar en la ciencia y discreción de sus padres, ó de los que hagan sus veces, para evitar muchos de los constantes peligros físicos y morales á que están expuestos.

—No solo deben obedecer los niños á sus padres, sino también á sus tutores y maestros y en general aquellos á quienes los mismos padres han delegado su autoridad ó que la deben á la naturaleza ó á las leyes.

—Todo el que dirige necesita poseer autoridad para ser obedecido.

—Se debe también obediencia al Jefe de la Nación y á sus delegados y funcionarios dentro de las

atribuciones que para el bien general, les confieren las leyes.

—A todos los que nos hacen bien, les debemos cariño y gratitud; pero á nuestros padres y maestros les debemos con especialidad, á más de obediencia, respeto, amor y profundo reconocimiento.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. El principal deber de un niño bien educado, es la obediencia á sus padres y maestros.—*R. M.*
2. El niño desobediente está expuesto á todo género de peligros, pues siendo incapaz de dirigirse por sí mismo, no quiere sin embargo, aceptar la dirección del saber y de la experiencia.—*R. M.*
3. La gratitud y la naturaleza imponen á los hijos amor, respeto y obediencia para sus padres y los que hagan sus veces.—*R. M.*
4. El amor hace la obediencia fácil y dulce.—*De Gerando.*
5. La verdadera obediencia es la que no reside solamente en la acción sino en el corazón.—*P. Janet.*
6. El hombre sensato debe pensar siempre que ha nacido para obedecer. Cuando cesa para él la obe-

diencia directa á las personas que lo han educado, debe sin embargo, obediencia y respeto á sus superiores jerárquicos, á las autoridades constituídas, á las leyes dictadas por quien corresponde y, sobre todo, á su propia conciencia, convenientemente ilustrada.—*R. M.*

NOTA.— Los Señores Profesores, tal vez harían bien en invertir, si lo estiman conveniente, el orden de los diálogos, comenzando su enseñanza por este último sobre “La Obediencia.”—*R. M.*

INDICE.

	Páginas
Prólogo	V
Diálogo 1º—La Conciencia	1
Resumen de la lección	6
Máximas, pensamientos	8
Diálogo 2º—La Conciencia	9
Resumen de la lección	14
Máximas, pensamientos	16
Diálogo 3º—De la libertad moral	17
Resumen de la lección	21
Máximas, pensamientos	23
Diálogo 4º—De la responsabilidad	25
Resumen de la lección	29
Máximas, pensamientos	31
Diálogo 5º—Moral práctica	32
Resumen de la lección	38
Máximas, pensamientos	39
Diálogo 6º—Deberes para con nosotros mismos	41
Resumen de la lección	46
Máximas pensamientos	48
Diálogo 7º—El trabajo	49
Resumen de la lección	56
Pensamientos, máximas y proverbios	58
Diálogo 8º—La ignorancia y la pereza	59
Resumen de la lección	65
Máximas, pensamientos	68
Diálogo 9º—Dignidad personal; respeto de sí mismo	70
Resumen de la lección	76
Máximas, pensamientos	78
Diálogo 10º—La mentira	79